

Capítulo IX

A mediados de agosto se inició una agitación de protesta en los obreros de las minas.

Los contratistas de Gallaría, al reunirse por las noches con el doctor Aresti, hablaban de los síntomas de rebelión en las aldeas de la cuenca minera. Clamaban contra las cantinas los peones de La Arboleda, afirmando que los capataces eran sus verdaderos dueños, y que el obrero que no se surtía de víveres en ellas no encontraba trabajo. En Pucheta, que era donde vivían los más levantiscos, habían andado a palos y navajazos, un día de paga, por negarse dos trabajadores a satisfacer su deuda en la tienda de un protegido de los contratistas. Se hablaba de un gran mitin en la plaza Mayor de Gallaría, al que asistirían todos los mineros para acordar la huelga, en vista de que no era admitida su petición en favor del pago semanal. Desde el kiosco que ocupaba la música en los domingos pronunciarían discursos «los amigos del pueblo», obreros de Bilbao emancipados del yugo de los patronos, que se dedicaban a la propaganda de las doctrinas socialistas y a la organización de las fuerzas trabajadoras. Y mientras llegaba el momento de la rebeldía, los representantes del partido en la cuenca minera, que eran casi todos taberneros, derramaban en la irritada masa el consuelo del alcohol y de las teorías revolucionarias.

El *Milord*, en la tertulia de los contratistas, hablaba con alarma de los pinches de las minas. Estos diablejos, que llevaban el cuchillo en la faja, y a los que no se atrevían a maltratar los peones por miedo a sus venganzas de gato, le infundían gran miedo. Ellos eran la vanguardia ruidosa de todas las huelgas, comprometiendo a los hombres con sus audacias, haciéndolos ir más allá de lo que se proponían. Algunas veces habían osado apedrear de lejos a los guardias civiles, cuando en vísperas de revuelta paseaban sus tricórnios por los caminos de la montaña. Ahora, el *Milord* hablaba con terror de frecuentes robos de dinamita en los depósitos de las canteras. Los cartuchos debían ocultarlos los pinches, en previsión de lo que pudiese ocurrir. ¡Buena se iba a armar!...

Al atrevimiento de los muchachos había que añadir la cólera estrepitosa de las mujeres, que hablaban de arrojar en fila sobre los rieles de los planos inclinados y de los ferrocarriles, impidiendo toda circulación de mineral, para que se generalizase la huelga hasta la ría y se cerrasen las fundiciones, y el puerto se llenara de buques inactivos esperando carga inútilmente.

—Esto se pone feo, don Luis —suspiraba el admirador de Inglaterra—. Esto va a ser la muerte de las minas.

Para darse cuenta de lo crítico de la situación, bastaba ver que los peones gallegos tomaban el tren y se iban a su país. Eran hombres capaces de rebelarse por su interés personal, pero apenas presentían protestas colectivas, escapaban asustados hacia su país. Las huelgas les olían a política, a algo peligroso en que no deben mezclarse los pobres. Y avisados del choque que preparaban los compañeros, deslizábanse prudentemente hacia su tierra, con el propósito de volver cuando todo hubiera pasado, aprovechándose de las ventajas que los otros pudieran conseguir.

—Pero ¡malditos! —exclamaba el doctor oyendo al *Milord* y a otros contratistas—, ¿no es justo lo que piden?, ¿qué menos pueden reclamar que el cobro semanal y comprar su alimento donde mejor les convenga?...

Los contratistas torcían el gesto, encontrando excusas en la inercia de las costumbres. Eran los señores de la villa, los mineros ricos, las empresas extranjeras, los que debían dar el ejemplo. Ellos a lo antiguo se atenían. Además, el miedo a la huelga no causaba gran impresión en el fondo de su ánimo. Por grande que fuese el paro en el trabajo, sus pérdidas serían insignificantes. El mineral no iba a desaparecer de las canteras, y aguardaría a que fuesen a arrancarlo, si no este mes, al siguiente, y si no, al otro. Tenían para vivir, y se rendirían antes que ellos los que necesitaban el jornal para no morir de hambre.

El cura don Facundo se indignaba, no en clase de contratista, sino como pastor del rebaño rebelde. No había religión; cada vez se entibiaba más la fe, y así andaba todo de perdido. La propaganda diabólica de los obreros de Bilbao había llegado hasta la gente sencilla y sufrida de la montaña.

—Ya mueren aquí las gentes sin llamarme, tan tranquilas, como si fuesen perros —exclamaba indignado—. Cada vez hay menos entierros. Todos van al cementerio sin acordarse de llamar a don Facundo, escoltados por centenares de badulaques que se pirran por molestar a la Iglesia asistiendo a eso que llaman actos civiles. Señores... ¡entierros civiles en las Encartaciones! ¿Quién podía figurarse que veríamos esto?...

Y el cura insistía en lo de los entierros, como si de todos los actos de hostilidad o indiferencia para la religión fuese éste el más escandaloso y que más profundamente hería su pudor de sacerdote.

A pesar de la agitación obrera, los amigos de Aresti sentíanse atraídos por otro asunto, del que hablaban con gran interés en sus francachelas nocturnas.

Existía pendiente una apuesta ruidosa, en la que se interesaban todos los notables de Gallarta. El *Chiquito de Ciérvana*, el barrenador famoso, había recibido una especie de reto de un desconocido de Guipúzcoa para que midiese sus fuerzas con él. El encuentro debía verificarse en Azpeitia, el centro de las fiestas vascas. Los ricos de allá hablaban con desprecio de las gentes de las minas, como si no fuesen capaces de tomar parte en la apuesta, presentándose en Azpeitia al lado de su barrenador.

Los contratistas de Gallarta gritaban enardecidos. ¡Vaya si irían! ¡Y menuda paliza les aguardaba a los guipuzcoanos pretenciosos! ¡Atraverse con el *Chiquito de Ciérvana*, que era la gloria más grande de las Encartaciones! Miles de duros apostarían ellos contra las pesetas que pudiesen ofrecer aquellos rurales de Guipúzcoa, que vivían del mísero cultivo de la tierra. Y en sus reuniones nocturnas acordaban los detalles de la apuesta, con arreglo a lo convenido por cartas y hasta por mensajeros con los lejanos enemigos. El próximo domingo sería la lucha en la plaza Mayor de Azpeitia. Marcaban el número de perforaciones que los dos barrenadores harían en la piedra y la duración de la apuesta.

Olvidaban las minas y el malestar de los obreros, para pensar únicamente en este desafío de destreza y vigor. Era la apuesta más famosa de cuantas habían concertado aquellos hombres, en su afán de arriesgar el dinero que con tanta facilidad llegaba a sus manos.

En esta lucha se interesaba el espíritu de clase y el patriotismo. Vizcaínos contra guipuzcoanos: la gente de las Encartaciones contra aquellos patanes que intentaban comparar sus burdos barrenadores de las canteras de caliza con los de las minas de hierro, que eran casi unos artistas.

Al aproximarse el día de la lucha, mostrábanse los contratistas los fajos de billetes de Banco con los que habían de anonadar a los «pobres cuñados» de Guipúzcoa. El *Chiquito de Ciérvana* era vigilado y mimado como si fuese una tiple. No iba a las minas, y acompañaba por las noches a sus favorecedores, preocupándose todos ellos de lo que comía y bebía.

—¿Cómo va ese valor? —le preguntaban tentándole los brazos duros y elásticos, que parecían de acero, pasándole las manos por el pecho con una suavidad casi femenil, golpeándole el tórax y complaciéndose en su resonancia, que revelaba salud y vigor.

Y el *Chiquito* se dejaba agasajar con sonrisa de ídolo, irguiendo su pequeño cuerpo de músculos recogidos y apretados, mientras los admiradores aspiraban, al examinarle, el olor agrio de sus sobacos sudorosos lo mismo que si fuese un grato perfume.

Iba a triunfar, como siempre. Y mientras llegaba el domingo, con su estruendosa victoria, lo atiborraban de alimentos y le hacían beber champaña, mucho *Cordón Rouge*, como si el vino de los ricos afirmase de antemano su superioridad sobre aquel ignorado rival que sólo conocería la dulzona *sagardúa* de sus montañas.

Los contratistas obligaron al doctor Aresti a que les acompañase a Azpeitia. Ellos no gozarían la victoria por completo de no presenciarla su ilustre amigo. Y el doctor, que, habituado al afecto de estos admiradores rudos y entusiastas, no podía separarse de ellos, acabó por ser de la partida. En fuerza de oírles hablar de la apuesta, sentía interés por ella.

Era el único que dudaba del triunfo. La gente de Azpeitia debía conocer el trabajo del *Chiquito*. Los de Gallaría, en cambio, no sabían quién era este contendiente desconocido. Cuando la gente de Azpeitia iniciaba el reto, estaba segura indudablemente de la superioridad de su barrenador. Aquello parecía una encerrona: había que ser prudentes.

Pero los amigos del médico le contestaban con risas. ¿Dejarse vencer el *Chiquito*?... Y como prueba de su confianza, enseñaban de nuevo los fajos de billetes. Más de cincuenta mil duros iban a apostar entre todos, si es que los de Azpeitia tenían redaños para hacerles cara. Querían correrlos echándoles el dinero a las narices; así aprenderían a no ir otra vez con retos a los bilbaínos de las minas.

La partida, el domingo al amanecer, fue casi una expedición triunfal. El *Chiquito* había salido el día antes con varios de sus admiradores, para estar bien descansado en el momento de la apuesta. Los que llegaron después con el doctor eran los más respetables, y llevaban con ellos el convoy de la expedición, enormes cestos de fiambres encargados a los mejores restaurantes de la villa, cajones de champaña, cajas de cigarrillos. Ellos mismos, al repasar las vituallas, alababan su previsión. Sólo en Bilbao se sabía comer; lo demás era tierra de salvajes, país de pobreza, donde moría uno de hambre o de asco, aunque fuese persona de las que «tienen cartera».

Los mineros ricos hicieron en Azpeitia una entrada de invasores. Había comenzado ya la fiesta con las apuestas de bueyes, y una muchedumbre de caseros y de gentes del pueblo se agolpaba y estrujaba en la plaza y las calles inmediatas. Estos hombres de largas blusas y boinas mugrientas, apoyados en fuertes garrotes, miraban con asombro, como si fuesen de una raza distinta, a los arrogantes mineros, que se llamaban a gritos y se abrían paso reclamando el auxilio del alguacil, única autoridad, que guardaba el orden del inmenso concurso sin más arma que un mimbres blanco. La gente sobria y humilde, habituada a los cultivos de escaso rendimiento de la montaña, admiraba los ternos nuevos y lustrosos de los contratistas, sus boinas flamantes, las gruesas cadenas de oro sobre el vientre y sus manos de antiguos obreros, con dedos gruesos de uñas chatas abrumados por enormes sortijas.

Eran los forasteros, los ricachos, que llegaban a la fiesta llevando una verdadera fortuna en sus bolsillos. Para reconocer su importancia bastaba fijarse en las miradas que lanzaban a las gentes y a los edificios, con una altivez de magnates que descienden a intervenir en una diversión campestre. ¿Y entre aquellas miserables gentecillas estaban los que habían osado desafiarles?... ¡Pobres cuitados! Precedidos por el alguacil, subieron algunos de ellos a los balcones de la plaza, ocupados en su mayor parte por mujeres. Otros tomaron sitio en primera línea, junto a la cuerda que marcaba un gran rectángulo limpio de gente en medio de la plaza, como liza donde se verificaban los juegos. Allí se hacían las apuestas de última hora entre los empujones del público. Los caseros, apoyando sus manos en las espaldas que tenían delante, se empujaban para ver mejor. De vez en cuando un empujón formidable, una avalancha que amenazaba romper la cuerda. Pero bastaba que se levantase en alto el mimbres alguacilesco o que se movieran las boinas rojas de la pareja de miqueletes guipuzcoanos, para que al momento se iniciase un retroceso, quedando inmóvil el gentío.

Aresti, desde un balcón, veía cuatro masas oscuras de boinas encuadrando el espacio libre, y en éste dos parejas de bueyes arrastrando unas piedras más grandes que las muelas de un molino, bloques enormes, que, al moverse, dejaban detrás de ellos la tierra profundamente aplastada.

La alegría de los ejercicios físicos, el enardecimiento ruidoso de las fiestas de fuerza, agitaba a la muchedumbre. Tiraban los bueyes penosamente, como si fuese a estallar su testuz bajo el yugo, esforzándose entre los gritos y los pinchazos de los conductores, que los azuzaban coreados por sus partidarios, y cada vez que una piedra, con nervioso tirón, avanzaba algunos pasos, sonaba un clamoreo de los espectadores. Los pechos se hinchaban con angustia, como si quisieran comunicar su fuerza a las abrumadas bestias.

Era una diversión de raza primitiva, de pueblo en la infancia que aún no ha llegado a la vida intensa del pensamiento y admira la fuerza como la más gloriosa manifestación humana. La dura necesidad de ganarse el pan con el trabajo físico hacía del vigor un culto, convertía en diversión los alardes de resistencia de los más fuertes, admiraba como héroe a los grandes partidarios de leña o a los expertos barrenadores. y para dar carácter de fiesta a todos los esfuerzos del músculo en el diario trabajo, asociaba a sus juegos al buey, manso y sufrido compañero de la miseria campesina.

El doctor, ante estos placeres rudos y violentos de pueblo primitivo, recordaba las fiestas griegas, embellecidas a través de los siglos por el encanto del arte. Aquellos juegos al aire libre, sencillos y burdos, de una inmediata utilidad, recordaban involuntariamente los Juegos Olímpicos. «Sí, se parecen —pensó Aresti—; pero como se asemejan el ave de corral y el águila, porque las dos se cubren de plumas.»

Cansado del monótono espectáculo que ofrecían los bueyes tirando entre el clamoreo del gentío, que no se fatigaba de este largo plantón, el doctor se distrajo examinando el aspecto de las casas y las personas.

Veía Azpeitia por primera vez, hermoso rincón del territorio vasco, al que sólo de lejos rozaba la vía férrea, y en el cual parecían haberse refugiado el espíritu y las tradiciones de la raza. Aquella tierra era la de San Ignacio. A pocos minutos, en el centro del valle, estaba Loyola, con su convento inmenso, cuya fealdad de caserón-palacio tentaba la curiosidad del doctor. La sombra de la Residencia madre, de aquel edificio semejante a un cuartel, en el que se reunían los comisionados del jesuitismo llegados de todos los puntos de la tierra cuando había que elegir un nuevo General de la Orden, parecía proyectarse sobre el valle y las montañas, formando los pobladores a su imagen.

Aresti veía en la muchedumbre muchas caras que le recordaban la faz de San Ignacio. Los rasgos duros, impasibles, de helada firmeza, signos característicos de una personalidad famosa, resultaban comunes a toda una raza.

El médico se fijaba igualmente en las mujeres de los balcones. Tenían las formas más pronunciadas que las hembras vizcaínas, con algo de voluptuoso y mórbido que hacía recordar el título de «Andalucía vasca» que muchos daban a Guipúzcoa: pero en su mirada había una expresión varonil y enérgica que hacía pensar en las fanáticas heroínas de la Vendeé. El odio al *guiuri*, al español de pantalones rojos

llegado de las más lejanas provincias para expulsar al rey legítimo, se transmitía como una herencia de generación en generación. Todos los hombres de edad madura que ocupaban la plaza habían vestido seguramente el capote de los tercios guipuzcoanos, y se acordaban del monarca de las montañas, con gran barba negra y la boina blanca sobre los ojos.

Eibar, con la muchedumbre obrera de sus fábricas de armas, liberal y poco religiosa, estaba próxima, y sin embargo parecía al otro extremo del mundo, como si los montes que separaban ambas poblaciones fuesen infranqueables.

Las casas de Azpeitia ostentaban en todas las puertas grandes placas del Corazón de Jesús. Era el único signo exterior de religiosidad: ni alardes de fe ni entusiasmos provocadores. Eso quedaba para los pueblos donde flaquea la devoción y la verdad divina tropieza con enemigos. En todo el valle parecía sobrevivir el espíritu religioso tranquilo y confiado de la Edad Media, la época que menos se preocupó de la fe. por lo mismo que aún no habían levantado la cabeza la duda y la impiedad. Aparecer el espíritu de rebelión en la tierra natal del bendito San Ignacio era tan absurdo, tan inconcebible, que sólo el suponerlo hubiera hecho reír a aquella gente taciturna, orgullosa de haber dado al mundo un santo de fama universal.

Pasado mediodía terminaron las pruebas de los bueyes y se desparramó el gentío por el pueblo. Lo más interesante de la fiesta, las luchas de los *aizkoralaris* o partidores de leña y la apuesta de los barrenadores, quedaba para la tarde.

Aresti y sus amigos comieron en el Casino de la población, alarmando a los del país con los taponazos del champaña y la exhibición de las carteras repletas de billetes, que arrojaban sobre las mesas con afectado desprecio. Llegaban nuevas gentes de los pueblos inmediatos, atraídas por la fama de la gran apuesta de la tarde. Aresti había salido a la calle, huyendo de la atmósfera pesada del Casino, cargada de gritos y nubes de tabaco. Veía llegar los coches llenos de gentes; carretas ocupadas por toda una familia, mientras el aldeano marchaba a la cabeza de la yunta, guiándola con su larga vara; grupos de caseros en mangas de camisa, con la chaqueta y la boina al extremo del garrote que llevaban al hombro como si fuese un fusil.

Cerca de la plaza, vio el médico que la gente se detenía ante una taberna, formando compacto grupo y mirando a lo alto. En un balcón cantaba un viejo, de tan elevada estatura, que su boina parecía tocar el alero. En la calle se había hecho espontáneamente un gran silencio, y el viejo, inmóvil y grave, seguía su canturía con una seriedad sacerdotal. Guando terminó su última estrofa, en vascuence, con entonación aguda, todo el concurso prorrumpió en risotadas, que contrastaban con la gravedad del cantor. Pero aún no se había extinguido la carcajada del público, cuando sonó una nueva voz más aguda y estridente en el balcón de otra taberna, y Aresti vio a un jayán que cantaba como si contestase al viejo, mientras éste le escuchaba sin pestañear, preparando mentalmente la contrarréplica. El doctor conocía a estas gentes. Eran los *versolaris*, los trovadores éuscaros que se presentaban en todas las fiestas. La poesía florecía en las tabernas con el bullicio de la embriaguez. Rudos campesinos que no sabían leer mostraban cierto ingenio y una gran facilidad de improvisación. Sus versos sólo tenían de tales las rimas, con una completa ausencia de sentimiento poético. Lo que la muchedumbre admiraba en ellos era el ingenio satírico, lo grotesco del chiste, y sobre todo la facilidad en la respuesta. En estas batallas de viva voz, un *versolari* iniciaba el tema, seguro de que al momento surgiría la contestación de sus rivales; y así, prolongándose el razonamiento de unos a otros, agarrando cada cual el hilo de la interminable canturía donde lo abandona el adversario, hacían pasar al público embobado horas enteras. Estos vagabundos se mantenían de sus versos, y en plena vida rural llevaban la misma existencia independiente de fiera miseria y alegre parasitismo de los artistas bohemios en las grandes ciudades.

Aresti admiró la sencillez de aquel pueblo niño, que reía las gracias de los *versolaris* y admiraba sus chistes inocentes, incapaces de producir la más leve impresión en un hombre de la ciudad. En esta sana alegría encontró el médico la gravedad del hombre del campo, su alma sobria, a la que basta la broma más insignificante para alegrarse. Eran espíritus nuevos, eternamente infantiles, que al ponerse en movimiento se divertían con cualquier cosa. Sabían que los *versolaris* eran graciosos por tradición, y esto bastaba para que todos riesen aun antes de comprender sus palabras.

Observó el doctor una vez más el carácter de la poesía en los hombres del campo. La Naturaleza estaba ausente casi siempre de los versos populares. Las estrofas campesinas cantan guerras y amores, la tristeza de la partida, la alegría del retorno, celos y desesperación, o se ejercitan en la burla de los convecinos; pero nunca describen la belleza de los campos o la majestuosa serenidad del cielo. Viviendo en la monotonía de las bellezas naturales, no ven en ellas nada de extraordinario, y sienten con mayor intensidad los sucesos que tocan de cerca a sus personas. Tal vez son ciegos ante la hermosura de la tierra por vivir condenados a eterna lucha con su fecundidad, violándola para sacar de sus entrañas el sustento.

Más de una hora llevaban los *versolaris* lanzándose razonamientos de balcón a balcón. Ahora eran cuatro los contendientes, y la muchedumbre volvía la cabeza a un lado o a otro, según el sitio de donde partía la voz. Todos los trovadores recibían como popular homenaje las carcajadas del público, pero el que parecía triunfar era un viejo desdentado y de cara maliciosa, sacristán de una anteiglesia de Vizcaya, que tenía gran renombre por el atrevimiento de sus chistes. De vez en cuando algún admirador subía al balcón, ofreciendo el jarro a su poeta, y éste, después de largo trago, acometía con nueva fuerza sus canturías.

A media tarde, cuando una gran parte de la plaza estaba en la sombra, corrió a ella la gente, oyendo el silbido del *chistu*, que hacía locas escalas, acompañado por el monótono baqueteo del tamboril. Los *versolaris* se ocultaron. Iba a comenzar la parte más interesante de la fiesta.

Los mineros bilbaínos, rojos y sudorosos en su digestión de ogros, fumando como chimeneas y eructando el champaña, ocuparon los mejores sitios, desafiando a todos con sus retos. ¡A ver!, ¿quién quería apostar? No había que tener miedo por cantidad más o menos: «había cartera» para todos. Y exhibían ante la mirada atónita de los caseros, acostumbrados a la vida sobria y humilde de la montaña, aquella riquezas en fajos de papel mugriento. Los más acomodados del país se acercaban a ellos, aceptando sus apuestas con una sonrisa que parecía implorar perdón.

La fiesta comenzó por la lucha de los *aizkoralaris*. Habían colocado en el centro de la plaza varios troncos enormes, sujetos por palos hincados en la tierra para que no rodasen. Sonó de nuevo el *chistu* y el *dambolin*, y saltaron los partidores de leña, llevando al hombro sus hachas relucientes. Arrojaron a un lado las boinas y alpargatas, y subiéndose sobre los troncos, comenzaron su trabajo.

Un rugido que equivalía a un aplauso acogió sus primeros golpes. Los mineros aplaudían con las manos, como si estuviesen en las corridas de toros de Bilbao. Protegían con su benevolencia a aquellos partidores de leña, como gente humilde que en nada podía interesarles. En las minas de Bilbao no se partían troncos; podían, pues, ellos conceder algún mérito como leñadores a estos rústicos.

Las hachas subían y bajaban, abriendo profundo surco en las muescas marcadas en los troncos. Volaban las astillas, y cada vez que sonaba un golpe más fuerte, más certero, extendíase por la plaza un rumor de aprobación. El inmenso público adivinaba la marcha de los cortes sin necesidad de verlos. Habitados todos a hacer leña en el monte, conocían los diversos ruidos de las hachas, como si éstas hablasen. Sabían por el crujido de la madera lo que faltaba a cada tronco para partirse. Alguno de los *aizkoralaris* iba delante de los otros: les avanzaba por momentos; su corte se aproximaba rápidamente al fin; hasta que, de pronto, un crujido especial, que no podía confundirse, hizo estremecer al gentío hasta los últimos límites de la plaza. Acababa de partirse un tronco. Y todos rugieron de entusiasmo, empujándose sobre la punta de los pies, queriendo pasar su mirada sobre los hombros del vecino para saber quién era el vencedor.

Salieron los leñadores con el hacha al hombro, saltando la cuerda, confundiendo con el gentío, que comentaba los incidentes de la lucha, y otra vez sonó el pito y el tamboril, mientras las yuntas de bueyes arrastraban al centro de la plaza dos enormes piedras. Llegaba el momento emocionante, la hora del suceso que había traído a Azpeitia tanta gente. Iba a comenzar la lucha de los barrenadores.

La muchedumbre callaba, como los grandes públicos de las plazas de toros cuando se aproxima la suerte decisiva. El tamborileo hacía sonar sus instrumentos como en un valle desierto. La gran masa hizo un paso adelante y casi rompió la cuerda cuando los dos barrenadores salieron al espacio libre.

Todos querían ver a los contendientes, y se empujaban, ansiando pasar su mirada por encima de los hombros que tenían delante.

El barrenador guipuzcoano era un mocetón mofletudo, de ojos bovinos, ruboroso y con cierto miedo al verse objeto de todas las miradas. El *Chiquito de Ciérvana* se pavoneó con la palanca al hombro, presuntuoso como un torero en el redondel o un pelotari célebre en la cancha, mirando a las mujeres que ocupaban los balcones.

—¡Ole mi niño! —gritaban los mineros—. *¡Ene el Chiquito...* Ahora se va a ver lo bueno de las minas. ¡Aquí «hay cartera» para él!

Y mezclando los gritos del país con los que habían aprendido en las plazas de toros, arrojaban más allá de la cuerda sus boinas y sus carteras llenas de billetes, pero llamando en seguida a los chicuelos para que se las devolviesen. El *Chiquito* sonreía bajo la ovación tumultuosa de sus protectores, viendo al mismo tiempo una señal de triunfo en el gesto taciturno y miedoso de su contrincante y en la ansiedad silenciosa de todos los del país, que apostaban por el guipuzcoano. Los dos se despojaron de boinas y alpargatas, y con los pies desnudos subieron sobre las piedras, en las cuales estaban marcados los redondeles que debían perforar. El trabajo duraría dos horas: el que antes lo terminase o llegase más adelante sería el vencedor.

Colocáronse ambos barrenadores cada uno su piedra, con las piernas juntas y los talones tocándose. Entre los pies desnudos, que formaban un ángulo, había que subir y bajar la barra de acero abriendo el orificio. La más leve desviación podía herirles, destrozarles un pie con aquel hierro manejado por hercúlea fuerza. Pero no había que temer: sus brazos se movían con la precisión de una máquina.

Cada uno de los contendientes iba escoltado por una pareja de amigos. Eran los padrinos que les asistían en la lucha. Se inclinaban y levantaban al mismo tiempo que ellos, doblándose al compás de los movimientos del perforador, sirviendo de péndulo que regulaba el vaivén del trabajo. Al mismo tiempo excitaban al apadrinado con sus gritos: rugían «¡haup! ¡haup!» al doblarse por la cintura, señalando cada golpe con esta exclamación. Estos padrinos, con los brazos inactivos, pero con los pulmones cruelmente dilatados por el movimiento angustioso, se cansaban más pronto que el barrenador.

Los dos adversarios esperaban con las barras levantadas por encima de la cabeza. Dieron la señal los directores de la apuesta, y en la plaza estalló una aclamación semejante a la que acoge la partida de los caballos en una carrera. Después se hizo el silencio. Sonaban los golpes del acero y el «¡haup! ¡haup!» de los acompañantes con una regularidad mecánica, interrumpidos algunas veces por el «¡brrr!» de los barrenadores, que, al respirar jadeantes, parecían escupir su cólera sobre la piedra enemiga.

Aresti sintió deseos de reír viendo cómo se hablaban aquellos monigotes humanos al seguir con sus cuerpos el esfuerzo de los contendientes, fatigándose en un trabajo inútil para transmitirles su energía.

Transcurrieron algunos minutos. El *Chiquito* trabajaba más aprisa que su rival. Subía y bajaba la palanca con tanta rapidez que apenas se la veía. Su cuerpo era una mancha indecisa y borrosa por el continuo movimiento; sus acompañantes no podían seguirle. Detúvose un instante y cambió de sitio, continuando su trabajo. Los mineros adivinaron que pasaba a la segunda perforación, dando por terminado el primer agujero. ¡Y su contrincante aún estaba en el mismo sitio!...

—¡Ole, *Chiquito!* —gritaron agitando sus manos cargadas de pedrería—. ¡Haup! ¡haup!

Y en discordante coro juntaban sus voces a las de los dos vizcaínos que servían de auxiliares a su barrenador.

La lucha se desarrollaba con la lenta y aplastante monotonía de todos los espectáculos de fuerza. Aresti, interesado por el final del combate, entretenía el aburrimiento de la espera comparando a los dos contendientes. Eran el arranque impetuoso, la destreza inteligente del nervio, luchando con la calma tenaz y la serena fuerza del músculo. El hombre-caballo frente al hombre-buey. El *Chiquito de Ciérvana*, vehemente en su trabajo, dejaba atrás al enemigo con su primer arranque; el otro seguía su marcha sin darse cuenta de lo que le rodeaba, sin apresuramientos ni desmayos, como si no escuchase a los que mugían junto a su oído «¡haup! ¡haup!» El era quien reglamentaba los movimientos de su padrinos, sin apresurarse ni dejarse arrastrar por ellos, como lo hacía su contrincante.

En cambio, el *Chiquito* deteníase algunas veces, lanzaba en torno una mirada satisfecha, se escupía en las manos, y agarrando de nuevo el perforador, continuaba el trabajo. Su burdo contendiente no se había detenido una sola vez; golpeaba la piedra con la cabeza baja, mostrando la pasividad resignada de una bestia que abre un surco sin fin.

Pasó una hora sin que ningún incidente alterase la marcha de la lucha. El guipuzcoano abría sus perforaciones, pasando de una a otra sin levantar la vista. El *Chiquito* le llevaba todavía un agujero de ventaja, como al principio del combate. Los mineros de Bilbao continuaban en su alegría insultante. ¡Aún admitían apuestas! Ofrecían un duro por cada peseta que quisieran arriesgar en favor de aquel cuitado. Y no ocultaban su asombro cuando veían aceptadas sus proposiciones por las gentes del país. ¡Qué *banzos!* ¡Y cómo iban a perder el dinero!...

La segunda hora de la lucha se desarrolló en silencio. La gente parecía anonadada por la monotonía del espectáculo. La espera interminable embotaba los sentidos, dificultando toda emoción. Por esto no hubo gritos de triunfo ni exclamaciones de protesta cuando comenzó a iniciarse la ventaja del barrenador lento e incansable sobre el *Chiquito*, que hacía temblar la piedra bajo el rayo de su palanca.

Aresti presentía este suceso desde mucho antes. El *Chiquito* se detuvo a descansar, jadeante: va no lanzaba ojeadas en derredor con expresión de triunfo, sino con la opacidad de la angustia. Habíanse sucedido al lado de él varias parejas de padrinos, fatigados de seguirle en el relampagueo de su trabajo; pero los que ahora le acompañaban tenían que gritar «¡haup! ¡haup! ¡haup!» con más lentitud,

esforzándose en vano por animarle y enardecerle, tirando de él con la palabra, como si fuese una bestia cansada y vacilante, insensible al látigo y sin poder salir de su paso.

El médico sintió angustia examinando a los dos contendientes, con la cara pálida, sudorosos, las piernas inmóviles y como petrificadas, el busto en incesante vaivén, los brazos hinchados por el esfuerzo. Recordaba a otros que habían caído en estas apuestas brutales muertos como por un rayo, heridos en el corazón por el exceso de movimiento.

Los mineros miraban al barrenador rústico, y después cambiaban entre sí ojeadas de asombro. ¡Pero aquel animal no descansaba nunca! Palidecían todos ellos, como si de golpe se hubiese alterado su digestión, poniéndose de pie dentro de su estómago todas las cosas buenas traídas de Bilbao y rociadas con *Cordón Rouge*. Presentían la posibilidad de una derrota: parecían olería en el silencio que pesaba sobre la plaza, en la misma gravedad de sus enemigos.

Algunos más enérgicos se revolvían contra el sospechado fracaso. ¡Venir de tan lejos para que se burlasen de ellos unos pobretones!... Renacía su avaricia de antiguos miserables, que turbaba muchas veces con detalles de ruindad sus alardes de ostentación. Habían apostado más de ochenta mil duros, ¿y podían dejarlos entre las uñas llenas de tierra de aquella gente? ¡Cristo! ¡Cómo se reirían de los mineros!...

Los más furiosos saltaron la cuerda, y haciendo retirarse a los acompañantes del *Chiquito*, se colocaban a ambos lados de él, quitándose las chaquetas y las boinas. Se doblaban en incesante vaivén, a pesar de su corpulencia; mugían «¡haup! ¡haup!» con toda la fuerza de sus pulmones, como si con sus gritos pudieran hacer entrar más adentro la palanca del barrenador.

El *Chiquito* cobraba nuevas fuerzas al ver junto a él a sus protectores y partía en una carrera loca de furiosos golpes, espoleado por una energía nerviosa. Pero el cansancio de sus músculos tornaba a imponerse, y el acero sonaba quejumbroso en la piedra, sin avanzar gran cosa.

—¡Arrea, ladrón! —mugían sus ricos padrinos—. ¡Fuerza... porrones! ¡Me caso en tu madre!...

Y de este modo iban intercalando en el continuo «¡haup! ¡haup!» toda clase de interjecciones amenazantes y monstruosos juramentos, que hacían encabritarse al barrenador como si recibiese un latigazo, para caer de nuevo en el desaliento.

Faltaban pocos minutos para terminar la apuesta. El *Chiquito* estaba en la mitad de un agujero y aún le faltaba abrir otro. Su contendiente había comenzado el último, sin apresurarse y sin descansar, lanzando en tomo una mirada triste de buey fatigado que contempla el horizonte con el deseo de que se oculte pronto el sol para volver al establo.

Los mineros ansiaban una catástrofe, un temblor del suelo, algo que les permitiese huir de allí sin encontrarse con los ojos de aquellas gentes. El silencio con que acogían su victoria molestábales más aún que los gritos irónicos de algunos forasteros, que, parodiando la fanfarronería de los bilbaínos, ofrecían un duro por real en favor del guipuzcoano.

Terminó la lucha sin la explosión de entusiasmo que esperaba Aresti. El gentío se abalanzó sobre el vencedor, que miraba en tomo de él con ojos de idiota, dejándose arrastrar, inerte y sin fuerzas, hacia una taberna próxima.

Buscó el doctor a sus compañeros, y no vio a ninguno; habían desaparecido, como evaporados por la derrota. Fuese en persecución de ellos, y encontró a muchos en la puerta del Casino subiendo a los coches, con el deseo de huir de allí cuanto antes, como si el suelo les quemase las plantas. En el desorden de la fuga, parecían marchar a tientas, sin fijarse en él.

Dentro del Casino vio al *Chiquito* tendido en una banqueta, envuelto en una manta, sudoroso y pálido, con el aspecto de un niño poseído de terror. Frente a él, aún lanzaban sus últimas maldiciones algunos de las minas.

—¿Qué dice usted de esto, doctor? —preguntaron a Aresti con desesperación.

Y el médico sonrió, levantando los hombros. Era de esperar: habían civilizado demasiado a su ídolo; le habían hecho conocer el champaña, le habían arrancado de su barbarie primitiva, y al encontrarse con otro de su clase recién salido de la cantera, forzosamente había de ser vencido.

Todos ellos sentían la necesidad de insultarlo antes de irse. De buena gana hubiesen molido a puñetazos y coces este paquete inerte que sollozaba encogido en la banqueta. Le echaban en cara el vino y los manjares con que le habían atiborrado a todas horas.

—¿Oyes, ladrón, lo que dice el doctor? Tu afición al champaña. ¡Estarías borracho, y por eso nos has hecho perder, cochino! Ochenta mil duros, ¿te enteras, sinvergüenza? más de ochenta mil duros hemos perdido por tu culpa... Por allá no vuelvas: te mataremos a patadas si apareces en las minas.

Cada uno se alejaba, después de desahogar su cólera, con la precipitación loca de la fuga, sin preocuparse de los compañeros, sin acordarse de invitar al doctor, con el egoísmo de la derrota, que borra toda amistad.

El infeliz barrenador, al verse solo con Aresti, rompió a llorar. —¡Don Luis!, ¡don Luis!...

Y su voz tenía el mismo acento de súplica infantil que los ruegos de los mineros cuando veían aproximarse el doctor a las camas del hospital.

Todo lo había perdido en un instante. ¡Adiós comilonas y agasajos, el trato con los ricos, todo lo que le hacía ser mirado con envidia por sus antiguos camaradas cuando se dignaba subir a las canteras acompañando a los contratistas! Era un héroe, un ídolo, y volvía de pronto a ser un trabajador... menos aún, pues no encontraría un puesto en las minas. Le aterraba como un remordimiento el recuerdo de las grandes cantidades que había hecho perder a los señores.

—Me iré —gemía—. ¡Cómo se burlarán ahora de mí!... Me embarcaré en el primer barco que salga para América.

Un grupo de gente del pueblo le interrumpió. Venían para llevarse al *Chiquito*; querían agasajarlo, con la generosidad que inspira la victoria. No debía entristecerse: todos habían visto que era un gran barrenador. Otra vez ganaría él. Además, la cuestión había sido con aquellos señores tan fanfarrones; él no era más que un «mandado». Su contrincante le esperaba en la taberna para beber juntos, como buenos camaradas.

Y se lo llevaron, rodeándolo respetuosamente, como un testimonio de la reciente victoria, con los mismos honores que una bandera cogida al enemigo.

Aresti volvió a la plaza. Comenzaba a oscurecer; la gente se había esparcido por las calles inmediatas, agolpándose a las puertas de las tabernas. Los *versolaris*, cada vez más ebrios, espoleados por el gran suceso, improvisaban a rienda suelta, cantando el triunfo de los de la tierra, con alusiones a los ricos de las minas que provocaban el regocijo de los aldeanos.

Iban alejándose en sus carretas las familias de los caseros. Los grupos de campesinos bebían el último trago con los del pueblo antes de emprender la marcha, deseosos de relatar los incidentes de la famosa lucha durante la velada en el hogar.

Sonaban en la plaza el pito y el tamboril con cadencias de baile. Se había reunido toda la gente joven para celebrar la victoria con un *aurresku*, la gran danza vasca, que tiene algo de rito primitivo. Un ágil bailarín, que era el conductor del *aurresku*, lo iniciaba con el paso solemne de la invitación. Echaba la boina en tierra, y después de pedir la venia al alcalde, que presidía el acto, se dirigía con una serie de minuciosos trenzados y saltos de extraordinaria agilidad a invitar en el corro a la mujer que deseaba elegir como reina del baile. No había ejemplo de que ninguna hembra vasca, por alta que fuese su posición social, se negase a este honor. Aresti había visto a señoras de la rancia nobleza admitiendo el *aurresku* con campesinos y marineros. Era una danza ceremoniosa y parca en los contactos; el hombre y la mujer apenas si en las diversas figuras se tocaban las puntas de los dedos. Ella no hacía más que completar el cuadro, mientras él, al son de las interminables escalas del pito, parecía hablar con los pies, con la mímica guerrera de los pueblos primitivos, con saltos prodigiosos y alardes inauditos de agilidad gimnástica, que recordaban a Aresti las danzas de ciertas tribus en el Jardín de Aclimatación de París.

El público elogiaba la soltura del bailarín de Azpeitia. Un viejo casero hablaba a sus amigos en vascuence a espaldas del doctor. Aquel *aurresku* no le llamaba la atención; él los había visto danzados por reyes en los buenos tiempos de la guerra. Y recordaba cierto *aurresku* bailado por don Carlos en Durango, en un convento de monjas, sin pecado para nadie, por ser la danza vascongada la más honesta del mundo.

Aresti, al cerrar la noche, buscó refugio en un fondín que servía de alojamiento a muchos que iban al santuario de Lo-yola. Sentía deseos de visitar en la mañana siguiente aquel convento, como una curiosidad que le resarciría de su viaje. Después, estaba seguro de encontrar en el tren de Bilbao a muchos de sus compañeros, que habrían ido a pernoctar en Azcoitia, en Eibar y en otros pueblos, huyendo del lugar de la derrota.

El doctor pasó la noche en un cuarto de paredes enjalbegadas cubiertas de estampas de santos y con un crucifijo sobre la cama. La hospedería era como una antesala del convento.

A las seis de la mañana salió del pueblo, siguiendo el camino recto que atravesaba con geométrica rigidez el valle de Loyola. Había caído durante la noche una suave lluvia de verano, refrescando los campos y limpiando de polvo los caminos. Las altas montañas estaban encaperuzadas de niebla, dejando ver en sus pendientes, por entre los rasguños del vapor, una nota blanca de los caseríos y las manchas cobrizas de los robledales. Los rebaños se esparcían por las faldas. Marcábanse sobre el verde fondo las ovejas de gruesos vellones como enormes piedras blancas. A lo lejos sonaba el chirrido de carretas invisibles.

Aresti llegó al monasterio a las siete. Su aspecto monumental y aparatoso, su fealdad solemne, contrastaban con la soledad y el silencio de los campos. Los gorriones se perseguían en la doble escalinata de la iglesia, y revolando de ciprés en ciprés, iban a posarse sobre la estatua de mármol de San Ignacio. A ambos lados de la avenida que da acceso al monasterio, dos paseos cubiertos de plantas trepadoras, dos túneles de hojarasca, ofrecían su fresca sombra de tonos verdosos.

Contempló el doctor con cierta admiración el edificio enorme y aplastante. No podía negarle un carácter propio. Los jesuitas tienen un arte suyo: el de la ostentación y la carencia de gusto. No había obra arquitectónica de su propiedad que no la marcasen con su sello, como si quisieran ser reconocidos de lejos.

La fachada de la iglesia, que ocupaba el centro del monasterio, era toda de piedra. Las columnas sostenían un frontón adornado con un escudo de armas gigantesco. La balaustrada se coronaba con enormes pináculos rematados por esferas. Detrás escalaba el espacio la cúpula del templo, rematada igualmente por pináculos y bolas, lo que la daba cierto aspecto de pagoda chinesca.

A ambos lados del templo extendíanse las dos alas del monasterio, de ladrillo rojo, con triple fila de ventanas: dos cuerpos de edificación enormes, sin ningún signo religioso. El monasterio, desprovisto de la cúpula, hubiese parecido un cuartel del siglo XVIII.

Extendía a un lado su corriente el río Urola, pasando bajo un puente metálico; al otro se alzaba una gran casa con soportales, de aspecto lujoso, en la que estaba el hotel para los ricos que llegaban a hacer ejercicios espirituales y no podían pernoctar en el monasterio.

Aresti entró en la iglesia: una rotonda de clara luz, cubierta de mármoles de vivos colores. ¡Ah, el templo risueño y bonito! Los altares eran hermosos, como los platos montados de un banquete. Mármoles de color de caramelo, de color de miel, de suave fresa, de un verde de fruta escarchada, de una blancura tierna de merengue. Sentíase el deseo de morder aquella piedra pulida como un espejo, que daba a los ojos una sensación de dulzura. Las imágenes eran sonrientes, charoladas y bonitas, como si hubiesen salido de un escaparate de confitería. Los segmentos de la cúpula estaban ocupados por grandes escudos de las naciones en las que la Orden ignaciana había adquirido más arraigo: las «provincias» de la Compañía, como ella las llamaba en su ensueño de dominación universal.

Abandonó el doctor la iglesia, después de haber distraído con su presencia a unas señoras vestidas de negro que rezaban arrodilladas ante el altar mayor. Debían ser huéspedes del hotel, devotas de distinción, venidas de muy lejos para hacer los ejercicios en la casa del santo.

En el atrio se le aproximó un mendigo, con la obsequiosa solicitud de todo parásito que vive a la sombra de un monumento frecuentado por viajeros. De una barraca situada junto a la escalinata, en la que se vendían fotografías y objetos piadosos, salieron corriendo dos chicleas para ofrecer igualmente sus servicios. ¿El señor deseaba ver la casa de San Ignacio?...

Se indignó el mendigo ante esta concurrencia. ¡Largo de aquí! ¿No tenían bastante con lo que robaban vendiendo retratos y rosarios?... Y él fue quien guió al médico por un ancho corredor que conducía a un patio descubierto. Allí estaba la portería. Tiró de una cadena, sonó una campana oculta, se abrió un ventanillo, y el mendigo, después de hablar por él, se dispuso a retirarse, tendiendo la mano para recoger unas cuantas piezas de cobre. —Ahora mismo saldrá el hermano.

Pasó el doctor mucho tiempo en el patio, cuyas baldosas conservaban el agua de la lluvia nocturna. Todo un lado lo ocupaba la fachada de la antigua casa de San Ignacio. Al agrandarse el monasterio, había abarcado el viejo castillete de Loyola, dejándolo dentro de su recinto, pegado a la nueva edificación.

La pequeña casa, que aún parecía más mezquina al ser tragada por las nuevas construcciones, era lo más hermoso de esta balumba de albañilería pretenciosa. El castillete tenía dos cuerpos, que revelaban el período de transición del siglo XV: la diversidad de gustos superpuestos de una España católica que aún tenía moros en su territorio. El cuerpo inferior, el más grande y fuerte, era de grandes bloques de pedernal labrado, con pocas ventanas, y éstas pequeñas y profundas como saeteras: una verdadera muralla para vivir a cubierto de sorpresas y asedios. El cuerpo superior era ligero, construido con ladrillos rojos, marcándose sus dos pisos con dos fajas de dibujo árabe,

y en los cuatro ángulos cuatro torrecillas delgadas, cuatro minaretes, que daban a su remate el aspecto de una alegre corona. Abajo estaban la sombría alarma, el perpetuo miedo a los bandos que desgarraban el país vasco, los ventanucos para dar salida al arcabuz; arriba, la elegancia, copiada de los árabes; la alegría en la construcción de un pueblo artista; las ventanas graciosas como ajimeces moriscos, para soñar en ellas a la caída de la tarde, después de haber leído un libro de caballerías.

Aresti creyó encontrar en este edificio algo del doble carácter del caballero Iñigo de Loyola en los tiempos de su juventud. Pero al cristalizarse sus aspiraciones, al tomar su voluntad forma definitiva, el alegre coronamiento, el castillete morisco, se había convertido en humo, se había derrumbado, quedando únicamente en pie la base pétreo, sombría, con su tono lúgubre de cárcel y fortaleza al mismo tiempo. Se abrió la puerta y asomó el hermano. —¡Santos y buenos días! —dijo con voz melosa, inclinando la cabeza al mismo tiempo que levantaba los ojos para apreciar a la rápida mirada al visitante.

Era un joven que llamaba la atención inmediatamente por la delgadez de su cuello, que hacía más enorme su cráneo, y por la forma de sus orejas, abiertas cual abanicos, como si fuesen a aletear, despegándose. Detrás de ellas florecía la piel con un sinnúmero de costras y excoiraciones, unas secas, otras rezumantes, con una frescura que atraía a las moscas.

Este hermano era el encargado de enseñar la casa del santo. Por debajo de la sotana asomaban unas zapatillas de paño, con las que andaba sin el menor ruido: un calzado de espionaje, que le permitía, como a los demás servidores del monasterio, deslizarse por los claustros silenciosos sin turbar el aislamiento de los Padres.

Atravesó el patio hablando a Aresti de las suelas de su calzado, que eran de paño y se mojaban en los charcos de la lluvia. Una mortificación más. ¡Todo sea por Dios!... Y entraron en el castillete, convertido interiormente en templo. Allí hacían las señoras sus ejercicios, no pudiendo entrar en el monasterio.

Subieron la escalera, adornada con imágenes en cada rellano, y entraron en la antigua cámara del santo, transformada en capilla. Lo primero que llamaba la atención era la escasa elevación del techo. Podía tocarse con la mano, parecía que iba a aplastar a los visitantes con la pesadez de su grueso artesonado, todo cubierto de oro, con florones en los profundos encuadramientos.

El hermano explicó con cierto orgullo el origen de los cuadros y las telas que adornaban las paredes. Eran regalos de princesas y soberanas: testimonios de agradecimiento de altas conciencias sometidas a la Compañía. En el fondo estaba el altar, y en su parte baja, detrás de un vidrio, admiraban los devotos un verdadero interior de museo de figuras de cera. San Ignacio, tendido en una colchoneta, leía un libro, vestido con gregüescos y capotillo de vueltas de velludo, lo mismo que un galán del teatro clásico. Una batería oculta de luces eléctricas iluminaba esta exhibición de feria.

Vibraba de admiración la voz del fámulo al explicar el significado de esta figura, no obstante los años que llevaba enseñándola a los forasteros. La estatua de cera era el caballero don Iñigo de Loyola cuando aún no pensaba en ser santo ni en fundar la Orden. Le representaba herido, con la pierna atravesada de un arcabuzazo en el sitio de Pamplona, y leyendo la historia de la Virgen, que fue el punto de partida de su conversión.

Con voz de *cicerone* convencido, el hermano explicó a Aresti la historia del santo.

—Dios le llamó a su gracia cuando estaba convaleciente, y se olvidó de todo, a pesar de que era un caballero muy galán y mundano. Porque nuestro santo padre San Ignacio era militar. ¿sabe usted?... militar.

Y esta palabra tomaba en boca del lego un tono de admiración y respeto. El pobre hombre, canijo y encogido, adoraba la fuerza, la arrogancia, los uniformes vistosos, y al recordar que el iniciador de la Orden había sido soldado, sonreía con cierta malicia, como si pensase en los devaneos y buenas fortunas de los hombres de guerra, de las cuales alguna habría tocado al santo cuando aún no pensaba en serlo. Le llenaba de orgullo la nobleza y el carácter caballeresco de la juventud del fundador. Pensaba en las otras Ordenes, que sólo tenían entre sus iniciadores eremitas miserables, santos piojosos, salidos de las últimas capas sociales.

Mientras hablaba el hermano, el doctor, mirando el monigote de cera tendido en la colchoneta, pensaba en el hombre sombrío, en el vasco de carácter complicado que llenó el mundo con su nombre, siendo en cada período de su vida una violenta contradicción. Primeramente el soldado presuntuoso y elegante, martirizando y amputando su cuerpo por parecer bello y perder la rudeza originaria. Después, al convencerse de que en la vida mundana sus triunfos habían terminado, el fanatismo de la raza que surge con toda la fuerza de una voluntad poderosa... Entonces le trastorna la locura de la santidad. Es humilde y fiero al mismo tiempo; se convierte en matón de la Virgen, queriendo dar de puñaladas a un morisco que blasfema de ella, y poco después se deja apedrear por los chicuelos de Salamanca, que le toman por demente viendo sus piadosas extravagancias, remedo de las de San Francisco de Asís. Pero la dulzura poética del solitario de la Umbría, su santidad soñadora, no cabe en el carácter positivo y práctico de un vasco. Ya que se dedica a Dios, ha de ser con un objeto terrenal e inmediato. Bueno es ser santo, pero debe servir para algo que se vea y se toque. Los instintos de hombre de pelea renacen en él. Ve que la Iglesia, combatida por la revolución luterana, necesita un fuerte auxilio, y lleva a la religión la disciplina del campamento, fundando, no una Orden, sino una Compañía, organizando un ejército negro que ofrece a los papas, formando los soldados en el molde de su férrea voluntad, sin afectos de familia, sin pensamiento propio, con la rigidez de los autómatas, con la insensibilidad que hace invencible. El asceta se convierte en caudillo, y en esta tercera parte de su existencia, el vagabundo apedreado por la chiquillería toma aires de vicepapa, se hace llamar general por los suyos, reside en Roma entre los príncipes, interviniendo en las complicadas intrigas europeas, y muere satisfecho de su poder y de haber salvado momentáneamente el catolicismo conservándole los pueblos latinos.

Aresti veía en Iñigo de Loyola un ejemplar acabado de su raza, incapaz de ilusionarse largo tiempo por cosas inmateriales, extrayendo el poder y la riqueza de un ascetismo, por el que habían pasado tantos otros con el cuerpo atormentado por la penitencia, comidos de parásitos y sin otra fortuna que la sogá ceñida a los riñones.

Había sido un admirador restaurador de la religión, un talento práctico surgido a tiempo para salvar la tienda de Roma amenazada de quiebra, ordenando sus negocios, dándoles nuevo rumbo, fundando su Compañía, disciplinado cuerpo de comisionistas de catolicismo que viajaban por toda la tierra explotando las pasiones y las debilidades humanas, para mayor gloria de Dios.

El hermano sacó al médico de su ensimismamiento, enseñándole la parte superior del altar. En un relicario de oro estaba el corazón del santo. Era lo único que conservaban allí del fundador. El cuerpo, como era bien sabido por todo el mundo, estaba depositado en el *Jesu* de Roma.

—Sí; lo conozco. Lo he visto —dijo Aresti. Sin saber por qué, sintió la necesidad de deslumbrar con un embuste al simple lego, el cual parecía convencido de que la humanidad entera se interesaba por las cosas de la Orden, sin que un solo hombre ignorase dónde estaba el cuerpo de San Ignacio.

—¡Ah!, ¡el señor ha estado en Roma! —exclamó el hermano, mirándole con cierta admiración, como si de repente creciese ante sus ojos.

—Sí —dijo Aresti, sintiendo de nuevo la necesidad de mentir para que le admirase aquel pobre hombre—. Estuve cuando la última peregrinación.

El hermano modificó sus palabras y gestos. Ya no fue Aresti para él uno de tantos y viajeros de los que llegaban atraídos por la curiosidad, muchos de ellos extranjeros procedentes de países que despreciaban a la Compañía. Era uno de la familia, casi podía considerarlo como de la casa. Y el hermano mostró empeño en enseñarle minuciosamente todo, desbordándose en palabras, con la locuacidad del que vive largas horas condenado al silencio.

Se detuvo en una puertecita inmediata al altar, inclinándose para ceder el paso a este señor tan simpático. Era una pequeña habitación, sin otro adorno que un retablo.

—Aquí estuvo enfermo nuestro santo fundador —dijo con voz meliflua—, y aquí fue su conversión. Pidió a la familia un libro de caballerías para entretenerse; pero como Dios tenía puestos sus ojos en él, hizo que nadie encontrase libros de tal clase, y eso que abundaban en la casa. Entonces leyó una historia de la Virgen, e inmediatamente sintióse tocado por la gracia y decidió entregarse a la vida santa, renunciando al mundo.

Después, el lego buscó en la pared, señalando una larga grieta que la cruzaba.

—Vea usted esto. Por fuera aún se ve mejor: llega hasta el suelo, partiendo las piedras del muro... Esta grieta la hizo el diablo. En el mismo momento que el santo decidió dedicarse a Dios, tembló el suelo y se estremeció toda la casa, quedando esta abertura como recuerdo. De tal modo acogió el Maligno la resolución del santo.

—Sería de rabia —dijo Aresti con gravedad imperturbable.

—De rabia y de miedo —contestó el hermano con modestia—. Tal vez tembló el demonio adivinando que el santo iba a fundar nuestra Orden.

Trasladáronse a otra habitación, en el extremo opuesto de la capilla. Cada vez que el lego pasaba ante el altar, caía de rodillas, causando la admiración del médico por el gesto con que rezaba su corta oración. El cuerpo quedaba recto, con las manos cruzadas sobre el pecho, mientras el cuello se prolongaba hacia arriba, como el pescuezo de una jirafa que quisiera tocar el techo.

—En esta habitación —dijo el lego— nació nuestro santo fundador. Aquí tuvo también el hermano Garrido su revelación portentosa. Usted habrá oído hablar de ella...

Y viendo que el señor permanecía impasible, dijo con cierta impaciencia:

—Pero usted sabrá quién era el hermano Garrido. —¡Oh, mucho! —dijo Aresti, que oía por primera vez este nombre.

—Ya esperaba yo —continuó el lego— que un señor como usted conocería al hermano Garrido. Los Padres de Roma se proponen canonizarle apenas pase el tiempo preciso.

Y hablaba con entusiasmo de este hermano, como si fuese una celebridad universal, bastando citar su nombre para que todos repitiesen sus glorias. En aquel mismo cuarto, estando en éxtasis el hermano Garrido, se le había aparecido la Virgen, anunciándole con veintidós meses de anticipación el asalto de los conventos y la degollación de los frailes en los primeros años del reinado de Isabel II.

—Entonces —dijo Aresti—, los padres de la Compañía, avisados con tiempo, no fueron víctimas de las turbas.

—A algunos mataron en el Colegio Imperial de Madrid —contestó el lego—. El hermano Garrido era modesto, y se calló la revelación, no haciéndola pública hasta después que llegó aquí la noticia de los asesinatos... Era muy humilde el hermano Garrido. Por esto será algún día un santo más de nuestra Orden.

Con esto terminó la visita a la casa de San Ignacio. De un momento a otro iban a llegar las señoras para hacer sus ejercicios en la capilla. Pero el hermano sentía cierta pena de separarse tan pronto de aquel señor devoto que le escuchaba sin pestañear, como si le admirase. —¿Quiere usted ver el monasterio? —le preguntó. Esta invitación no la hacía a todos los visitantes; pero con él era distinto. El era un señor que había ido a Roma en peregrinación y visto el cuerpo de San Ignacio. Pasaron del castillete al monasterio por una galería cubierta, en la que trabajaban varios obreros con pantalones y blusas del mismo azul celeste que el manto de la Virgen. Eran hermanos jóvenes trabajando de carpinteros y albañiles: mocetones de la montaña que deseaban emanciparse del terruño, prestando sus brazos a la Compañía para el trabajo reposado y lento de las casas de religión. Con esto se libraban de los azares de la lucha por la existencia, y tenían de antemano asegurada la salvación eterna sólo con obedecer ciegamente a los superiores.

—¿Quiere usted subir a la biblioteca? —preguntó el hermano—. Tiene poco que ver: todo en ella es antiguo.

—Lo antiguo es lo mejor —dijo Aresti con gravedad.

—Usted está en lo cierto. ¡Ay, si todo el mundo pensase sanamente como usted!... No como la gente de ahora, que sólo lee novelas y libros malos contra la religión.

La biblioteca estaba en el último piso: una gran sala por cuyas ventanas entraba a raudales la luz del sol, viéndose desde ellas los montes inmediatos, verdes y limpios de niebla. Unos cuantos cuerpos de estantería contenían diversas ediciones de clásicos griegos y latinos encuadernadas en pergamino; otros guardaban autores teológicos, y el resto estaba ocupado por todos los libros escritos en favor y defensa de la Compañía de Jesús. Aresti fue leyendo con curiosidad los nombres de aquellos autores, que le eran desconocidos, y a los cuales atribuía el hermano una fama universal. Realmente, era todo antiguo en aquella biblioteca: olía a sepultura.

Descendieron a los claustros. El médico temía encontrarse con algún Padre que le conociera por haber estado en Bilbao. Pero a aquella hora los sacerdotes estaban en sus celdas, y por los claustros únicamente pasaban algunos legos despojados de la sotana, con aire apresurado, deslizándose sin ruido sobre sus zapatillas silenciosas. En la antesala del refectorio, varios hermanos viejos limpiaban vasos y botellas en una fuente de mármol oscuro que arrojaba cuatro chorros de agua.

Aresti, solicitado por el lego, entró en una celda de las que servían de alojamiento a los seglares en los diez días que duraban los ejercicios.

—Pobrecito —dijo el hermano enseñándole— pero decentito y limpio. Aquí vienen personas de todas clases: banqueros, generales... hasta ministros. Y viven tan ricamente y son felices en esta pobreza, mientras limpian su alma.

El doctor examinó el cuarto, de alto techo y desahogadas proporciones. Junto a la ventana, una mesa con dos sillas de paja. La cama, de hierro, permanecía tras de un tabique bajo, con una cortinilla roja en la puerta.

Los claustros estaban adornados con antiguos retratos faltos de valor artístico, pero de cierto interés histórico. Eran los padres más famosos de la Compañía por las aventuras y peligros de su existencia; los propagandistas del jesuitismo, que se habían esparcido por gran parte de la tierra en la primera expansión de la Orden recién fundada, amoldándose a los gustos y costumbres de los países donde se establecieron. Los había con grandes barbas, recios capotes, altas botas y gorros de piel, relatando la leyenda al pie del retrato sus viajes por el Norte de las Rusias, sus arriesgadas expediciones en países de hielo. Otros vestían la túnica floreada de la aristocracia china: habían sido mandarines, llegando a aconsejar a individuos de la dinastía celeste. Y entre estos arriesgados viajeros, ^felices en sus aventuras, figuraban los mártires, los que habían perecido bajo las flechas de los tártaros o los sables de los japoneses. El Asia, con sus enormes Imperios catalépticos e insensibles, había tentado a estos propagandistas de la autoridad y de la vida automática y sumisa.

Aresti vio todo el resto del monasterio: el refectorio, con su pulpito para la lectura: la capilla, en la que hacían los hombres sus ejercicios espirituales, colocando los Padres a la puerta una bandeja para que los jóvenes depositasen en un papel cerrado sus peticiones a la Virgen; la cocina, donde los hermanos guisaderos le explicaron los tres platos sólidos que correspondían a todo individuo en cada comida; el salón encristalado, en el cual fumaban sacerdotes y seglares un cigarrillo único, pues en el resto del monasterio, aunque el fumar no estaba prohibido, era mal visto por los superiores.

—Queda la huerta; ¿quiere usted verla? —dijo el hermano, con el deseo de prolongar algunos minutos más el trato con este señor que le escuchaba con tanta atención.

Salieron a una huerta cerrada por un alto muro de piedra. En el fondo había una pequeña granja con vacas y cerdos. Los pájaros turbaban el silencio monástico de estos campos, revoloteando en torno de los árboles frutales.

Un seglar iba con un libro en la mano por el mismo camino que seguían ellos. Era la única persona que paseaba por la huerta.

Aresti lo vio de espaldas y aceleró el paso, como si le acometiera de pronto una duda y quisiese salir de ella.

—Es un señor muy rico, ¡muy rico! —dijo el hermano, adivinando su curiosidad—. Está en ejercicio hace seis días. Creo que es de Bilbao y que le llaman...

Pero antes de que el lego dijese su nombre, el seglar se volvió al oír ruido de pasos.

—¡Pepe!... —gritó el doctor.

La sorpresa no le permitió decir más al reconocer a Sánchez Morueta.

—¡Luis!... ¡Primo!... —exclamó éste, no menos sorprendido. Desvanecida la primera impresión, hizo un movimiento de molestia igual al de un durmiente que se ve bruscamente despertado. El hermano, a impulsos de su meliflua cortesía, continuó andando, para detenerse a alguna distancia de los dos hombres. Le inspiraba profundo respeto este rico devoto, al que trataban con gran deferencia todos los Padres, permitiéndole fumar en su cuarto y bajar a la huerta a todas horas, con otros privilegios no menos importantes que sólo se concedían a muy contadas personas. El visitante que él acompañaba también adquirió una importancia inmensa ante sus ojos al verle en tan afectuoso trato con el personaje.

Los dos hombres quedaron mirándose en silencio largo rato. —¿Tú aquí?...

Y Aresti encerraba en esta pregunta toda la fuerza de su asombro.

Sánchez Morueta sonrió de un modo que su primo no había visto nunca en él. Era una expresión de resignada modestia, de decaimiento de la voluntad. Habló sencillamente, como si no hubiese ocurrido nada de extraordinario desde la última vez que se habían visto.

Cristina y la niña le acompañaban en los ejercicios. Muchas familias de lo mejor de Bilbao estaban en Loyola con el mismo fin: las señoras en el hotel, los hombres en las celdas del monasterio. Llevaban allí seis días y les faltaban cuatro. —¿Y estás bien? ¿Te gusta esta vida? —Sí —contestó el millonario con sencillez—. Me sienta perfectamente; no tienes más que mirarme.

Sánchez Morueta parecía repuesto de su crisis. Nada quedaba en él del enfermo que había visto Aresti en su última visita a Las Arenas. Su mirada era tranquila, con una fijeza serena; el color sanguíneo de sus primeros tiempos de luchador había vuelto a animar su rostro.

El médico le escuchó con asombro enumerar las ocupaciones de su vida en aquella casa: todas con arreglo a la distribución del tiempo marcada por el director de sus ejercicios. Se levantaba a las cinco y media de la mañana; a las seis bajaba a la capilla, leyendo durante media hora este libro que le acompañaba siempre; después meditaba una hora, oía misa y tomaba el desayuno, descansando hasta las diez o paseando por la tranquila huerta, que los buenos Padres ponían a su disposición. Meditaba de nuevo hasta mediodía en su celda, recibiendo la visita de su director, rezaba el Vía Crucis en los claustros; comía a la una, descansando de nuevo hasta las cuatro, y a esta hora bajaba a la capilla para escuchar las pláticas con los otros compañeros de ejercicios. A las siete era la estación ante el Santísimo Sacramento; después el rosario, los dolores y gozos de San José y el examen de conciencia de todo lo hecho durante el día; a las nueve la cena, y a las diez se acostaba.

Él, que en el mundo podía dar órdenes a miles de seres, gozaba la extraña dulzura de ser mandado, de sentir sobre su voluntad otra que era superior y le dominaba. La celda pobre y la comida vulgar en el refectorio le parecían de una voluptuosidad extraña después de tantos años de bienestar fastuoso y refinado en su palacio de Las Arenas. Los primeros días habían sido duros para él; pero ahora paladeaba la dulzura de no ser nada, de verse guiado, anulando su voluntad, empequeñeciéndose, pensando a todas horas en la muerte, para convencerse de la humana insignificancia.

El mundo al que había de volver le parecía muy lejano. Aquel Bilbao, del que era rey, estaba, sin duda, en otro planeta, con sus agitaciones de lucro y sus fiebres de egoísmo, de las que no llegaba nada, absolutamente nada, a este tranquilo rincón.

—Me encuentro bien. Luis: mejor que nunca. La satisfacción que adivino en mí mujer y mi hija me llena de alegría. Tengo la certeza de que al salir de aquí nos querremos más, y constituiremos una verdadera familia cristiana, como dice...

Se detuvo, avergonzado de querer soltar ante Luis el nombre en que pensaba. Pero luego se arrepintió de esta duda como de un pecado, y añadió con energía, queriendo imponer su convicción:

—Los jesuitas no son malos, como yo creía torpemente. Debes salir de tu error, Luis. Son unas excelentes personas; unos santos. ¡Ay, si tú los tratases!

Después habló de Urquiola, que les había acompañado a los ejercicios, pero había tenido que salir el día antes para Bilbao, llamado por el padre Paulí. Elogió la tranquilidad de esta vida sin agitaciones cerebrales y sin ambición, que tan rudamente contrastaba con su existencia de Bilbao.

—Creo, Luis, que si no tuviese a mi mujer y mi hija, aquí me quedaría para siempre. Esta es la verdadera vida. La de fuera ya sabes lo que es: panes y maldiciones.

Aresti le escuchaba silencioso, mirándolo fijamente, sin pestañear, como en presencia de un enfermo, de un «caso interesante».

—¿Y qué es eso que llevas ahí? —dijo de pronto, apoderándose del libro que su primo conservaba cerrado en una mano.

Le bastó una ojeada para reconocer este pequeño volumen encuadernado en pasta, con una impresión gruesa y vulgar de libro devoto. Era los *Ejercicios espirituales* de San Ignacio, explicados por el padre Claret, famoso arzobispo de Trajanópolis, que tanto había influido sobre los últimos años del reinado de Isabel II.

Aresti conocía el libro. Muchas veces lo había encontrado sobre su mesa cuando vivía con su mujer. Recordaba su estilo de piadosa belicosidad, hablando de las dos banderas: «la una de Cristo Señor Nuestro, sumo capitán; la otra, de Lucifer, mortal enemigo de nuestra naturaleza humana». San Ignacio y el padre Claret llegaban a la elocuencia más conmovedora al describir el infierno. El fuego de aquel lugar de maldición era tan intenso, «que una sola centella reducía a polvo una piedra de molino; si caía sobre un globo de bronce, lo derretía al punto, como si fuese de cera, y si en un lago reducido a hielo, lo hacía hervir en un instante». Los condenados «sentían este fuego en el cerebro, los dientes, lengua, garganta, hígado, pulmón, entrañas, vientre, corazón, venas, nervios, huesos, médulas de éstos; sangre, y hasta en las potencias del alma»; y después de la horripilante enumeración, San Ignacio preguntaba al alma del pecador con quién deseaba irse, si con Dios o con el demonio. ¡Ah, mísero Luzbel, ridículo pazguato que ofrecía con torpe malicia las cortas felicidades de la tierra a cambio de una eternidad de tan horrible fuego! La respuesta no era dudosa. Con Dios se iban las almas después de los santos ejercicios.

Sánchez Morueta habló de éstos. Los primeros días estaban dedicados a la meditación sobre el pecado mortal, la muerte y el infierno. Después se meditaba, con ayuda de aquel libro, sobre la gloria eterna y la misericordia de Dios.

—¿Pero tú crees en todas esas cosas del infierno y. la gloria, tan vulgares, tan groseras, como las pinta ese libro? La firme mirada de Aresti turbó a su primo.

—Cómo creer... no puedo afirmarlo rotundamente. Me asaltan dudas, y me callo por no molestar a mi director. Pero todo esto me causa cierto bienestar: me entretiene, me deleita, me vuelve a la tranquilidad de la niñez. Creo algunas veces que me están meciendo aún, como de muchacho, susurrándome cuentos al oído.

El médico sonreía; pero Sánchez Morueta se apresuró a añadir:

—Aun así, me siento más feliz, más tranquilo que antes. Además, en estas meditaciones hay algo que me impresiona profundamente y que ni tú ni nadie podéis negar: la muerte. Nos hacemos viejos, Luis, y ella llega, y no valen para ablandarla riquezas ni ruegos. Desde que nada ansío y no encuentro ante mí nada que conquistar, la tengo mucho miedo.

Y el terror a lo desconocido, a la muerte inevitable, a la eterna sombra, se manifestaba en el rostro del millonario con un gesto de desesperación.

Aresti recordaba la página de la muerte en el libro de San Ignacio, una página de brutal realismo, que hacía temblar a los hombres y llorar de horror a las mujeres. «Mirad lo que pasa en aquel cuerpo, antes hermoso e idolatrado, ya muerto: ya está sepultado, ya cayó... Luego se le acercan los moscones, escarabajos, sapos y sabandijas, y se saborean y complacen en el mal olor que despiden y en la podre que empieza a manar: también se acercan los ratones, taladran sus vestidos o mortaja, se enredan entre el cabello, entran en la boca y empiezan a comer la lengua; salen luego y registran todo el cuerpo entre carne y vestido. Mientras tanto, la putrefacción se va aumentando; ya se ve pulular una grande muchedumbre de gusanos, que van comiendo la carne del vientre, de la cara y de todo el cuerpo; ya se concluyó la comida, ya los gusanos mueren de hambre, dejando allí unos huesos negruzcos y descarnados que con el tiempo se calcinarán y convertirán en polvo. Acuérdate, hombre, que eres polvo y en polvo te has de volver, en cuanto al cuerpo, pues eres hombre de humo o tierra.»

—¡Lee esto, lee esto! —dijo el millonario abriendo el libro por aquella misma página, que tenía señalada como si fuese su obsesión.

—¡La muerte! —murmuró luego—. Se habla de ella muchas veces, pero sin pensar en lo que realmente es, sin pararse a mirarla de cerca... ¡Qué horrible! Luchar toda la vida para dar gusto a la carne, para preparar el pasto del gusano... Después, en voz baja, dijo al doctor: —Indudablemente, existe algo después de la muerte. No sé ciertamente si será lo que dicen aquí o lo que digan en otra parte. Pero ¿qué pierdo yo con creer a ojos cerrados? Ante todo, gano la tranquilidad en la casa; y luego, bueno es, por si hay algo más allá, ir preparado a todo, sin miedo a engaños.

Aresti sonrió con lástima ante este espíritu comercial, que examinaba la vida futura con el mismo egoísmo que si apreciase las probabilidades de un negocio. Sintió la necesidad de decirle adiós. Ahora iba a ser para siempre. Su primo estaba bien agarrado por el egoísmo y el miedo a la muerte, las dos flaquezas de los seres afortunados.

—Debías quedarte aquí, Luis: venir alguna vez. Los Padres son gente simpática. ¿Qué perderías con ello? Aunque no creyeres en todo, podías callarte y ser feliz. ¿Qué sacas de tanto estudio? ¿Estás seguro de que todo lo que tú crees es cierto? ¿Y si después de morir te encuentras con la inmensa equivocación de que hay algo?...

El doctor le estrechó la mano con frialdad, convencido de que se separaban para siempre, de que en adelante se mirarían con extrañeza, como si fuesen distintos de lo que hasta entonces habían sido.

Y Aresti salió de la huerta guiado por el hermano, que ahora callaba y parecía tener prisa en sacarle del monasterio, como si hubiese oído de lejos parte de la conservación.

Antes de salir, aún se volvió para ver a su primo, que le seguía con los ojos y parecía decirle: —¡La muerte, Luis!... ¡Piensa en la muerte!